

este instante : recogeremos los recuerdos de la historia y de la poesía que nos rodean, en llegando á un paraje desde donde los descubramos todos juntos.

En el cabo Miseno habia hecho preparar Corina las danzas y la música : no puede verse cosa mas pintoresca que aquella fiesta. Todos los marineros de Bayas estaban vestidos de colores vivos, y bien contrapuestos; algunos Orientales que venian de un bajel levantino anclado entónces en el puerto, bailaban con las aldeanas de las islas vecinas de Ischia, y de Prócida, cuyo traje ha conservado semejanza con los vestidos griegos; oíanse á lo léjos voces armoniosamente unidas, y los instrumentos se respondian de eco en eco, detras de las peñas, como si fuesen los sonidos á perderse en el mar. El ambiente que allí se respiraba era suavísimo, llenaba el alma de un sentimiento de alegría que animaba á todos, y llegó á dominar á la misma Corina. Propusiéronle que se mezclase en la danza de las aldeanas, y al pronto convino con placer; mas apénas hubo empezado, los sentimientos mas tristes le tornaron odiosas las diversiones de que participaba, y alejándose rápidamente del baile y de la música, fué á sentarse á la orilla del cabo, inmediata á la mar. Osvaldo la siguió presuroso; pero al llegar junto á ella, se juntó tambien la gente que los acompañaba para suplicar á Corina improvisase en tan hermoso sitio; y era tal su turbacion en aquel

instante, que se dejó llevar hácia el cerro elevado donde habian puesto su lira, sin poder reflexionar en lo que le pedian.

---

#### CAPITULO IV

No obstante, Corina deseaba que Osvaldo volviese á oirla otra vez, como en el dia del Capitolio, con todo el talento que habia recibido del cielo; porque si debia ser ya perdido para siempre, queria que ántes de apagarse resplandeciesen sus rayos postreros para su amado. Este deseo la hizo encontrar en la misma agitacion de su alma la inspiracion que habia menester. Estaba templada su lira, y todos sus amigos ansiosos de oirla; el mismo pueblo que la conocia por fama, aquel pueblo que en el mediodía es, por su imaginacion, buen juez de la poesía, rodeaba callado el recinto donde se hallaban colocados los amigos de Corina, y todos aquellos semblantes napolitanos expresaban con su viva fisonomía la mas curiosa atencion. Alzabase la luna en el horizonte; mas aun hacian su luz desmayada los rayos postreros del dia : desde lo alto de la colina que sale hácia el mar, y forma el cabo Miseno,

se descubrieran claramente el Vesuvio, el golfo de Nápoles, las islas de que está sembrado, y la campiña dilatada desde Nápoles hasta Gaeta; en fin, la región del universo, donde mas huellas han dejado los volcanes, la historia y la poesía. Así fué, que de comun acuerdo, todos los amigos de Corina la rogaron tomase por asunto de los versos que iba á cantar, *las memorias que recordaban aquellos lugares*. Recorrió su lira, y empezó con voz alterada: su mirar era hermoso; pero quien la conocia como Osvaldo podia descubrir en sus ojos la inquietud de su alma; procuró, no obstante, contener su pena, y elevarse á lo ménos por un instante sobre su situación personal.

CANTO IMPROVISO DE CORINA EN EL CAMPO DE NAPOLES.

« La naturaleza, la poesía y la historia son aquí rivales en grandeza; aquí puede abrazar una mirada no mas todos los tiempos y todos los prodigios.

« Viendo estoy el lago de Averno, volcan apagado, cuyas olas inspiraban otros dias terror; y Aqueron y Flejetonte siempre hirviendo al calor de una llama subterránea, son los rios de este infierno visitado por Enéas.

» La ciudad de Cúmas, el antro de la Sibila, el templo de Apolo, yacian en esa altura: mirad el bosque donde se cogió el ramo de oro; la tierra de a Eneida os rodea, y las ficciones que el genio hizo

sagradas, se tornaron memorias, cuyos vestigios vamos todavía buscando.

» Un Triton sumergió en esas ondas al temerario Troyano que osó desafiar á las Divinidades con su canto; esas peñas huecas y sonoras son cual las pintó Virgilio: la imaginacion es fiel cuando es poderosa; y el genio del hombre crea cuando siente á la naturaleza, imita cuando presume inventarla.

» En el centro de esas masas terribles, antiguos testigos de la creacion, se ve un monte nuevo á que dió nacimiento el volcan. Aquí la tierra es borrascosa como la mar, y no vuelve como ella mansamente á sus límites: el pesado elemento, levantado por los temblores del abismo, ahonda los valles y alza los montes y sus olas empedernidas atestiguan las tormentas que desgarran su seno.

» Si herís este suelo, resuena la profunda bóveda, cual si el mundo habitado fuese solo una corteza próxima á romperse. El campo de Nápoles es imagen de las pasiones humanas; sulfuroso y fecundo á un tiempo, sus peligros y sus placeres nacen, al parecer, de esos volcanes inflamados que dan al aire tanta suavidad, y hacen rugir el trueno bajo nuestra planta.

» Plinio estudiaba la naturaleza para admirar mejor á Italia; alababa su país como la mas hermosa de las regiones cuando no podia honrarla con otros títulos, y buscando la ciencia como un guerrero las conquistas, partió de este promontorio

mismo para observar el Vesuvio por entre las llamas, y las llamas le consumieron.

» ¡ Oh memoria, noble poder, tu imperio está en estos lugares! De siglo en siglo, ¡ destino singular! se queja el hombre de lo que perdió, como si los tiempos anteriores fuesen todos sucesivamente depositarios de una felicidad que ya no existe; y en tanto que el pensamiento se ufana con sus progresos, y se abalanza á lo venidero, nuestra alma parece se acuerda con dolor de una antigua patria, á que la aproxima lo pasado.

» Los Romanos, cuyo esplendor envidiamos nosotros, ¿ no envidiaban la sencillez varonil de sus mayores? Otro tiempo despreciaban esta region voluptuosa, y sus delicias solo domaron á sus enemigos: mirad á Cápua allá léjos; ella venció á aquel guerrero, cuya alma inflexible resistió á Roma mas tiempo que todo el orbe.

» Y los Romanos tambien moraron luego en estos sitios: cuando el vigor de su ánimo servia únicamente para sentir mas la afrenta y el dolor, se emblandecieron sin remordimiento; en Bayas se vieron conquistar al mar terreno para sus palacios; ahondaron los montes para sacar de ellos columnas, y los señores del orbe, esclavos por fin, sojuzgaron á la naturaleza para consolarse de verse sojuzgados.

» Ciceron perdió la vida cerca del promontorio de Gaeta, que se presenta á nuestra vista: los triunviros, sin respeto á la posteridad, le robaron los

pensamientos que aquel grande varon habria concebido; y aun dura el crimen de los triunviros, pues su delito fué contra nosotros.

» Ciceron cayó al puñal de las tiranos; y Escipion, todavia mas desgraciado, se vió desterrar de su patria aun libre; y terminó sus dias en esta ribera, y las ruinas de su sepulcro se llamann *la Torre de la Patria*. ¡ Tierna alusion á la memoria que ocupaba se pecho magnánimo!

» Mario se refugió en esos pantanos Minturnianos, cerca de lamorada de Escipion. Así en todos tiempos han perseguido las naciones á sus grandes hombres; mas consuélanse con la apoteósis, y el cielo donde los Romanos pensaban mandar tambien, recibe entre sus estrellas á Rómulo, Numa y César: astros nuevos que confunden á nuestros ojos los rayos de la gloria y de la luz celestial.

» No bastan las desgracias; aquí están las huellas de todos los delitos. Mirad al extremo del golfo la isla de Caprea, donde la vejez desarmó á Tiberio: donde aquella alma juntamente cruel y voluptuosa, violenta y cansada, se hartó hasta de delitos, y quiso sumirse en los mas viles placeres, como si no le hubiese degradado bastante la tiranía.

» El sepulcro de Agripina está en estas riberas, enfrente de la isla de Caprea: no se levantó hasta despues de muerto Neron; el asesino de su madre proscribió tambien sus cenizas, y vivió largo tiempo en Bayas, en medio de las memorias de su delito.

¡Qué monstruos junta á nuestra vista la casualidad! Tiberio y Neron se están mirando.

» Las islas que los volcanes hicieron salir de la mar, sirvieron casi al nacer para los crímenes del antiguo mundo; los infelices confinados en estas solitarias peñas, en medio de las olas, miraban de léjos su patria, procuraban respirar sus esencias en los aires, y tal vez, despues de un largo destierro, haciales saber la sentencia de muerte que sus contrarios no los habian, al ménos, olvidado.

» ¡ Oh tierra, toda bañada en sangre y en lágrimas, jamas cesaste de producir frutos y flores! ¿ no tienes compasion para el hombre? ¿ y vuelve su polvo á tu seno materno sin hacerte temblar? »

Aquí descansó Corina algunos instantes. Todos los que habia reunido la fiesta arrojaban á sus piés ramas de laurel y de mirto : el resplandor suave y puro de la luna hermoseaba su semblante; el fresco ambiente del mar movia sus cabellos pintorescamente, y la naturaleza parecia que se gozaba en adornarla. Mas de improviso asaltó á Corina un enternecimiento irresistible : consideró aquellos sitios encantadores, aquella dulcísima tarde, á Osvaldo que estaba á su lado, y acaso no estaria siempre, y llenáronse sus ojos de llanto. El mismo pueblo que acababa de darle aplausos tan ruidosos, respetaba su conmocion, y todos aguardaban callando que sus palabras hiciesen participar de sus sentimientos. Recorrió un rato su lira, y no dividiendo ya su

canto en octavas, se entregó en sus versos á un impulso siempre seguido.

« Algunas memorias del corazon, algunos nombres de mujeres, reclaman tambien nuestras lágrimas. En Miseno, en este propio sitio donde estamos, conservó la viuda de Pompeyo, Cornelia, hasta la muerte su noble luto : en estas riberas lloró largos dias Agripina á Germánico, hasta que llegó uno en que el mismo asesino que le robó su esposo, la encontró digna de ir en pos de él. La isla de Nísida fué testigo de los adioses de Bruto y de Porcia.

» Así vieron las mujeres amigas de los héroes perecer el objeto que adoraban : en vano siguieron largo espacio sus huellas: vino un dia que fué preciso dejarle. Porcia se da la muerte; Cornelia estrecha contra su pecho la urna sagrada, ya sorda á sus voces; Agripina irrita muchos años en vano al matador de su esposo : y estas criaturas desventuradas, vagando como sombras por las desiertas orillas del eterno rio, suspiran por llegar á la opuesta márgen; claman en su soledad preguntando al silencio, y piden á toda la naturaleza, á ese cielo estrellado, y á ese mar profundo, un sonido de una voz querida, un acento que ya no oirán mas.

» ¡ Amor, poder supremo del corazon, misterioso entusiasmo que encierra en sí mismo la poesia, el heroísmo y la religion! ¿ qué acontece cuando el destino nos separa del que tenia el secreto de nues-

tra alma, y nos habia dado la vida del corazon, la vida celestial? ¿qué acontece cuando la ausencia ó la muerte dejan sola á una mujer en la tierra? Desfallece y cae. ¿Cuántas veces dieron estas peñas que nos rodean su frio apoyo á esas viudas abandonadas, que se sostenian otro tiempo en el seno de un amigo, en el brazo de un héroe!

» Delante de vosotros está Sorrento; allí vivia la hermana del Taso, cuando llegó como peregrino á pedir á esta oscura amiga un asilo contra la injusticia de los príncipes : sus largos dolores casi habian perturbado su razon; solo le quedaba ya genio; solo le quedaba el conocimiento de las cosas divinas, todas las ideas de la tierra se habian turbado. Así el talento, asombrado del desierto que le rodea, recorre el universo sin hallar nada parecido á él : la naturaleza perdió su eco, y el vulgo juzga locura aquella desazon de un alma que no respira en este mundo bastante aire, bastante entusiasmo, bastante esperanza.

» La fatalidad, prosiguió Corina con una alteracion cada vez mayor, la fatalidad ¿no persigue á las almas exaltadas, á los poetas, cuya imaginacion depende del poder de amar y de padecer? Hállanse desterrados de otra region; la bondad universal no debia ordenarlo todo para el corto número de los escogidos ó de los proscriptos. ¿Qué querian decir los antiguos cuando hablaban del destino con tanto terror? ¿qué puede ese destino para los se-

res vulgares y serenos? Siguen las estaciones, y recorren dócilmente el círculo habitual de la vida. Pero la sacerdotisa que daba los oráculos se sentia agitada de un poder cruel. No sé qué fuerza involuntaria precipita al genio hácia la desventura : ¿oye el ruido de las esferas que no pueden percibir los órganos mortales; penetra misterios de sensibilidad desconocidos para los demas hombres, y en su alma vive oculto un Dios que no basta á contener!

» ¿Criador sublime de esta hermosa naturaleza, protégenos! Nuestros impulsos son débiles, y nuestras esperanzas engañadoras : las pasiones nos mandan con tumultuosa tiranía, que no nos permite libertad ni descanso. Quizá lo que haremos mañana decidirá de nuestra suerte; quizá ayer dijimos una palabra que ya nada basta á remediar. Cuando nuestro entendimiento se eleva á los mas altos pensamientos, sentimos como en la cima de los edificios elevados un vahido que confunde todos los objetos á nuestra vista; pero entónces mismo el dolor, el terrible dolor, no se pierde en las nubes, las surca y las rompe. ¡Oh Dios mio! ¿qué quiere ella anunciarnos?..... »

Al decir estas palabras, cubrió el semblante de Corina una mortal palidez : cerráronse sus ojos, y hubiera caido al suelo, si lord Nelvil no hubiese estado tan cerca para sostenerla.

## CAPITULO V

Volvió en sí Corina, y la vista de Osvaldo, que mostraba en sus miradas la mas tierna expresion de interes y cuidado, la sosegaron un poco. Los Napolitanos advertian con admiracion la opaca tinta de la poesía de Corina; pasmábalos la armoniosa belleza de su lenguaje; empero habrian deseado que inspirase sus versos una disposicion ménos triste; porque no consideraban á las bellas artes, y entre las bellas artes á la poesía mas que como un modo de distraerse de las penas de la vida, y no de escudriñar mas sus terribles secretos. Pero los Ingleses que oyeron á Corina estaban admirados de ella.

Embelesábanse de ver expresados de aquella manera los sentimientos melancólicos con la fantasía italiana: y aquella hermosa Corina, cuyas facciones vivas, cuyo mirar lleno de calor, estaban destinados para pintar la ventura, aquella hija del sol, herida de secretas penas, se parecia á las flores todavía frescas y lozanas; mas á quien un punto negro causado por una picadura mortal amenaza con próximo fin.

Embarcáronse todos para volver á Nápoles; y el calor y la calma que reinaban entónces hacian disfrutar vivamente del placer de caminar por la mar.

Goethe ha pintado en un delicioso romance esta propension que se siente á las aguas en medio del calor. La ninfa del rio pondera al pescador el deleite de sus ondas; convídale á refrescarse en ellas, y él vencido poco á poco se arroja por fin á gozarlas. Este poder mágico del agua se parece, en algun modo, á la mirada de la serpiente que atrae estreñeciéndola. La ola que se va levantando de léjos, y haciéndose lentamente mayor, y acelerándose mas y mas conforme se acerca á la orilla, parece corresponde con un deseo secreto del corazon que empieza suavemente, y llega á hacerse irresistible.

Corina estaba mas serena; las delicias del buen tiempo sosegaban su alma; habia recogido las trenzas del cabello para percibir mejor algun vientecillo que volase entorno de ella: y así mostraba un semblante mas hermoso que nunca. Los instrumentos de aire que seguian en otro bote producian un efecto delicioso, porque hacian armonía con el mar, con las estrellas, y con la suavidad embelesadora de una noche de Italia; pero causaban todavía una conmocion mas tierna; parecian las voces del cielo en medio de la naturaleza. — Querida amiga, dijo Osvaldo en voz baja, querida amiga de mi corazon, jamas olvidaré este dia: ¿podrá haber otro mas feliz? — Y al pronunciar estas palabras, se le llenaron los ojos de lágrimas. Uno de los seductores atractivos de Osvaldo era aquella facilidad de enternecerse, con que aun reprimiéndose, se bañaban mu-

chas veces sus ojos de llanto; entónces tenia su mirar una expresion irresistible: y á veces en medio mismo de una agradable burla, se le notaba agitado de una secreta ternura que se mezclaba con su alegría, y le daba noble gracia. — ¡Ay! respondió Corina, no, ya no espero otro dia como el de hoy; ¡sea bendecido, al ménos, como el postrero de mi vida, si no es, si no puede ser aurora de una felicidad duradera!

---

CAPITULO VI

Quando llegaron á Nápoles empezaba á mudar el tiempo; oscureciase el cielo, la tormenta que se manifestaba en el aire, embravecia ya con violencia las olas, como si la borrasca del mar respondiese del seno de las ondas á la borrasca del cielo. Iba Osvaldo algunos pasos delante de Corina, porque queria mandar que trajesen hachas para llevarla con mas seguridad hasta su morada. Al pasar por el arrabal, vió reunidos á muchos lazzaroni que gritaban bastante alto: *¡ Ah! ¡ pobre hombre! no puede salir: no hay remedio; va á perecer.* — ¿Qué decís? exclamó non vehemencia lord Nelvil: ¿de

quién hablais? — *De un pobre anciano,* respondieron, *que se bañaba allí abajo no distante del muelle; le ha sobrecogido la borrasca, y no tiene bastante vigor para luchar con las olas, y salir á la orilla.* El primer movimiento de Osvaldo fué arrojarle al agua; mas acordándose del espanto que causaria á Corina, cuando llegase, ofreció todo el dinero que llevaba, y prometió doble suma á quien se echase á sacar al anciano. Los lazzaroni se negaron, diciendo: *Tenemos mucho miedo: hay demasiado peligro; no puede ser:* En aquel instante desapareció el anciano debajo de las ondas. Ya no dudó Osvaldo, y se lanzó al mar, sin hacer caso de las olas que le cubrian la cabeza: luchó, no obstante, felizmente con ellas, alcanzó al anciano que si tardase un instante mas perecia, y cógele y llévale á la orilla. Pero la frialdad del agua, y los violentos esfuerzos de Osvaldo contra el mar embravecido, le hicieron tando daño, que en el punto en que dejaba al anciano en la arena, cayó, y se extendió en su rostro tal palidez que todos creyeron habia fallecido.

Corina pasaba entónces, sin recelar ni remotamente lo que acababa de suceder. Vió un gran gentío, y oyendo gritar: *Está muerto,* iba á apartarse de allí, cediendo al terror que aquellas palabras la causaban, cuando vió á un Inglés de los que la acompañaban romper presuroso el tropel. Dió algunos pasos en pos de él, y lo primero que hirió su vista

fué el vestido de Osvaldo, que dejó en la orilla al arrojarle al agua. Cogió aquel vestido con una desesperacion convulsiva, creyendo que ya no quedaba nada mas de Osvaldo, y cuando le conoció á él mismo, aunque al parecer sin vida, se lanzó sobre su cuerpo inanimado con una especie de arrebato; y apretándole con sus brazos enajenada, tuvo la imponderable dicha de sentir todavía los latidos del corazón de Osvaldo, acaso reanimado por la intermediacion de Corina. — ¡Vive! exclamó, ¡vive! — Y en aquel instante recobró un vigor, un ánimo, que apenas tenían los amigos de Osvaldo: pidió auxilios por todas partes; supo usar de ellos, sosteniendo la cabeza de Osvaldo desmayado y bañándole con sus lágrimas; y á pesar de la mas cruel inquietud, acordándose de todo, no perdía un instante, ni su dolor interrumpía sus cuidados. Osvaldo se mostraba algo aliviado; mas aun no habia vuelto en sí: Corina hizo le llevasen á su casa: allí se arrodilló á su lado, le rodeó de esencias que debían reanimarle, y le llamaba con acento tan tierno, tan apasionado, que la vida debía volver á aquella voz: oyóla Osvaldo y abrió los ojos, y le apretó la mano.

¿Es posible que para disfrutar de semejante momento sea menester sentir las angustias de la muerte? ¡Pobre naturaleza humana! ¡no conocemos lo infinito sino por el dolor, y en todos los placeres de la vida, no hay nada capaz de compensar la desesperacion de ver morir á un objeto amado!

— ¡Cruel! exclamó Corina, ¡cruel! ¿qué habeis hecho? — Perdon, respondió Osvaldo con voz trémula, perdon. En el instante en que me vi próximo á perecer, creedme, dulce amiga, tenia miedo por vos. — ¡Expresion admirable del amor correspondido, del amor en el momento mas dichoso de la reciproca confianza! Corina, tiernamente conmovida de estas deliciosas palabras, no pudo acordarse de ellas hasta su postrer día sin sentir cierto enternecimiento, que al ménos por algunos instantes hace perdonar todo.

## CAPITULO VII

El segundo movimiento de Osvaldo fué llevarse la mano al pecho para buscar el retrato de su padre; teniale allí, pero las aguas le habian borrado de tal manera que apenas podia conocerse. Osvaldo, amargamente afligido de aquella pérdida, exclamó: — ¡Dios mio! ¡hasta su imagen me quitais! — Corina suplicó á lord Nelvil le permitiese restablecer el retrato: consintió en ello, pero sin mucha esperanza. ¡Cuál fué su asombro, cuando al cabo de tres dias se le volvió, no solamente reparado, sino mas pare-

cido que nunca! — Sí, dijo Osvaldo embelesado, sí, habeis adivinado sus facciones y su fisonomía: este es un milagro del cielo que os señala por compañera de mi suerte, pues os revela la memoria del que eternamente debe disponer de mi vida. Corina, prosiguió arrojándose á sus piés, reina eternamente en mi alma; mira el anillo que mi padre dió á su esposa, el anillo mas precioso y mas sagrado ofrecido por la buena fe mas noble, y aceptado por el corazon mas fiel; le saco de mi dedo para ponerle en el tuyo; y desde este instante ya no soy libre, mientras le conserveis, cara amiga, no lo soy: contraigo esta obligacion solemne ántes de saber quién sois; creo á vuestra alma; y ella me lo ha dicho ya todo. Los acaecimientos de vuestra vida, si proceden de vos, deben ser nobles como vuestro carácter; si nacen de la suerte, y fuisteis victima de ella, doy gracias al cielo por haberme encargado repararlos. Así pues, Corina mia, decidme ya vuestros secretos, debeis declararlos á quien con sus promesas se ha anticipado á vuestra confianza.

— Osvaldo, respondió Corina, esa conmocion tan tierna dimana de un error, y no puedo aceptar ese anillo sin desvanecerle: pensais que he adivinado por una inspiracion del alma las facciones de vuestro padre; pero debo deciros que le he visto muchas veces á él mismo. — ¿Vos habeis visto á mi padre? exclamó lord Nelvil, ¿y cómo? ¿en qué sitio? ¿es posible, Dios mio? ¿quién sois, pues? — Tomad vues-

tro anillo, dijo Corina con reprimida alteracion, ya debo volverle. — No, replicó Osvaldo, despues de callar un instante, juro no ser jamas esposo de otra, mientras no me volvais ese anillo. Pero perdonad la turbacion que acabais de excitar en mi alma; recuérdanse ideas confusas, y mi inquietud es dolorosa. — Lo veo, repuso Corina, y voy á abreviarla; pero ya vuestra voz no es la misma; ya mudan vuestras palabras. Quizá luego que leais mi historia, quizá la horrorosa voz de adios... — ¡Adios! exclamó lord Nelvil: no, amada amiga; solo pudiera decírtelo en el lecho de la muerte: no lo temas ántes. — Fuése Corina, y pocos minutos despues entró Teresina en el aposento de Osvaldo, para entregarle de parte de su señora el escrito que se va á leer.